En efecto; fué dogma fundamental de nuestra poesía, de aquella, digo, que arranca en el poema del Cid, continúa por Berceo, se encarna en infinitos romances populares, y, por fin, se incorpora con nuestro teatro por obra y arte de Lope de Vega, el realismo, ó, mejor, la realidad de la descripción, la exacta pintura, á veces muy breve, de los trajes, usos, costumbres de nuestros soldados y de nuestros pastores, de nuestra vida ciudadana y de nuestra vida cortesana. Esta descripción vívida, que era la materia casi perenne de nuestra poesía, se expresaba en el metro de diez y seis sílabas, apto para la canturia del juglar, y en otros, como son los múltiples del Arcipreste de Hita, cantables al són de instrumentos varios, unos de origen castizo, otros de origen arábigo.

Hoy día consérvanse modelos y restos de toda esta poesía, á más de las páginas de los monumentos de los siglos XII, XIII y XIV, ya menos legibles, en los romances antiguos, en los conservados verbalmente por la tradición viva y en las páginas de nuestro teatro nacional, en las églogas de Encina, en Tirso de Molina, en Guillén de Castro, en Vélez de Guevara, en Rojas, en Calderón de la Barca, y, sobre todo y sobre todos, en la enciclopedia del arte castizo popular, en el teatro de Lope de Vega:

¡Gracias, inmenso cielo,
Á tu bondad divina!
¡No tanto por los bienes que me has dado!
Pues todo aqueste suelo
Cubren mis trigos, viñas y ganado;
Ni por haber colmado
De casi blanco aceite
Destas olivas bajas
Á treinta y más tinajas,
Donde nadan los quesos por deleite;
Sin otras de henchir faltas,
De olivas más ancianas y más altas;
Ni porque mis colmenas
De nidos pequeñuelos,
De tantas avecillas adornadas,
De blanca miel rellenas;
. . . . . .
Ni porque estén cargadas
De montes de oro en trigo
Las eras, que á las trojes
Sin tempestad recoges.
. . . . . .

¿No es verdad que este monólogo de Juan Labrador, de Lope de Vega, es una égloga tan exacta y natural como las de Gabriel y Galán pueden serlo? Pues ¿qué diríamos si se pudieran multiplicar ejemplos hasta lo infinito, y para no salir de paisajes semejantes á los de Galán, citáramos fragmentos de *El casamiento en la muerte*, de *La serrana de la Vera*, de *Los novios de Hornachuelos*, de *Las Batuecas del Duque de Alba*, donde se presentan paisajes, costumbres, descripciones y romances popu-

lares de la Peña de Francia, de la Vera de Plasencia, de la alta Extremadura, del mismísimo país de las Hurdes?

* * *

Mas, ¿á qué sobrecargar la atención con citas?

Tenemos la propia confesión de Galán, que nos dejó en varias composiciones como su arte poética, y ya es aforismo vulgar que á confesión de parte.....

En una de sus más famosas, por ser de las primeras, composiciones, en *El Cristu benditu*, pinta y retrata al poeta que él entiende, á sí mismo, en la persona del que habla en toda la composición, y lo pinta y retrata leyendo la antigua poesía popular é imitándola:

¿Ondi jueron los tiempos aquellos,
Que pué que no güelvan,
Cuando yo juí presona leía
Que jizu comedias,
Y aleluyas tamién, y cantaris
Pa cantalos en una vigüela?

Más abajo, en el pleno de su dicha, vuelve al himno

De las guapas
Tonás de mi tierra,
Continas y dulcís,
Que paecen zumbíos de abeja.....

Quien tan enamorado estaba de la poesía popular de su tierra y de la tradición, ¡cuán desengañado, en cambio, de la artificiosa y de escuela!

¿Qué le vale la musa soñadora,
Que le inspira sutiles creaciones?
¿Qué le vale la cítara sonora,
Si sus vagas, románticas canciones
Son errabundas melodías muertas,
Cuyo ritmo ideal, desvanecido,
No llega, enamorado, ante las puertas
De amante corazón y amante oído?
¡Qué artificio tan ruin le parecían
Sus doradas cantatas amorosas,
Muertas flores pomposas
Con senos de papel, que no tenían
Polen fecundador ni olor de rosas!

Acá y allá hay en las demás composiciones de Galán iguales ideas estéticas; pero en una las cifró, las sumó, las condensó todas: en *Los pastores de mi abuelo*.

Llega á la majada y duerme con sus pastores sobre lentiscos y come con ellos las entrañas de carnero, que sus manos encallecidas le prepararon, y con tristeza reconoce, después de haber largamente charlado con ellos y de haberles preguntado

Y buscado en sus sentires algo bello que decir,

que se habían ido los pastores de la poesía y de la belleza, los que «rimaban el vivir»:

Se acabaron para siempre los selváticos juglares
Que alegraban las majadas con historias y cantares,
Y romances peregrinos de purísimo sabor:
Para siempre se acabaron los ingenuos narradores
De las trágicas leyendas de fantásticos amores,
Y contiendas fabulosas de los hombres del honor.....
. . . . . .
¡Ya no riman, ya no cantan! Ya no piden al viajero
Que les cuente la leyenda del gentil aventurero,
La princesa encarcelada y el enano encantador.
Ya no piden aquel cuento de la azada y el tesoro,
Ni la historia fabulosa de la guerra con el moro
Ni el romance tierno y bello de la Virgen y el pastor.

Aquí está en pocos versos, con toda su balumba de versos religiosos, legendarios é históricos, aquella poesía tradicional que echa de menos el poeta y que tanto le entusiasma, que torna á sus elogios deseando que reaparezca por los chozos y casetas

Las estirpes patriarcales de selváticos poetas.....

cantando una música inefable, que llama Galán

De silencios transparentes, más sabrosos que la miel,

y que va describiendo detenidamente, haciendo de paso el mejor retrato de la suya.

Una música tan virgen como el aura de mis montes,
Tan serena como el cielo de sus amplios horizontes,
Tan ingenua como el alma del artista montaraz:

Tan sonora como el aire de las tardes abrileñas,
Tan suave como el paso de las aguas ribereñas,
Tan tranquila como el curso de las horas de la paz.
Una música fundida con balidos de corderos,
Con arrullos de palomas y mugidos de terneros,
Con chasquidos de la honda del vaquero silbador;
Con rodar de regatillos entre peñas y zarzales,
Con zumbidos de cencerros y cantares de zagales,
De precoces zagalillos que barruntan ya el amor.
Una música que dice cómo suenan en los chozos
Las sentencias de los viejos y las risas de los mozos
Y el silencio de las noches en la inmensa soledad,
Y el hervir de los calderos en las lumbres pavorosas,
Y el llover de los abismos en las noches tenebrosas,
Y el ladrar de los mastines en la densa obscuridad.

Nadie, ni adrede, podría más detalladamente describir la poesía de Galán, ver su corazón; pero puesto que él lo hizo no andemos vacilando y buscando á su musa genealogías que él rechaza.

Yo quisiera que la musa de la gente campesina
No durmiese en las entrañas de la vieja hueca encina,
Donde, herida por los tiempos, hosca y brava se encerró.

¡Hermosamente expuesta la desaparición de la musa tradicional!

¡No lo está menos la aparición de la falaz musa académica!

Yo quisiera que vagase por los rústicos asilos,
No la casta fabulosa de fantásticos Batilos
Que jamás en las majadas de mis montes habitó,

Sino aquella casta de hombres vigorosos y severos,
Más leales que mástines, más sencillos que corderos,
Más esquivos que lobatos, más poetas ¡ay! que yo.

Con esta exclamación tan simpática enlaza Gabriel y Galán la definición del poeta ideal á que él aspiraba, del poeta real, que sin saberlo, él era:

¡Más poetas! Los que miran silenciosos hacia Oriente
Y saludan á la aurora con estrofa balbuciente
Que derraman, sin saberlo, de la gaita pastoril,
Son los hijos naturales de la musa campesina
Que les dicta mansamente la tonada matutina,
Con que sienten las auroras del sereno mes de Abril.
¡Más poetas, más poetas! Los artistas inconscientes
Que se sientan por las tardes en las peñas eminentes
Y modulan, sin quererlo, melancólico cantar,
Son las almas empapadas en la rica poesía
Melancólica y suave, que destila la agonía
Dolorida y perezosa de la luz crepuscular.
¡Más poetas, más poetas! Los que riman sus sentires
Cuando dentro de las almas cristalizan sus decires
Que en los senos de los campos se derraman sin querer,
Son los hijos elegidos que desnudos amamanta
La pujante brava musa que al oído sólo canta
Las sinceras efusiones del dolor y del placer.
¡Más poetas! Los que viven la feliz monotonía
Sin frenéticos espasmos de placer y de alegría,
De los cuales las enfermas, pobres almas van en pos,
Han saltado, sin saberlo, sobre todas las alturas
Y serenos van cantando por las plácidas llanuras
De la vida humilde y fuerte que cantando va hacia Dios.

Este es el arte sin arte de Gabriel y Galán, la meta á que pretendió llegar, y, en innumerables ocasiones, llegó su poesía, de las cuales se puede como síntesis afirmar

Que la vida buena vieron y rimaron el vivir.

* * *

Todo artículo literario debía de llevar por apéndice obligado una antología: moda que evitaría, si no todos, muchos testimonios gloriosos ó depresivos y que aliviaría á los lectores de la prosa crítica, que es siempre pesada y aburrida.

De Gabriel y Galán se podría componer una preciosísima antología.

Habría de figurar en el principio la composición *Tradicional*, que es una de las que más abren de par en par el pecho del poeta y nos dejan ver su corazón, su corazón henchido de amor venerabundo á sus mayores, de amor tierno á sus hermanos, todos ya difuntos, y de amor precursor á una esposa, que no conoce y por quien anhela:

Ven, casta virgen, al reclamo amigo
De un alma de hombre que te espera ansiosa
Porque presiente que vendrán contigo
El pudor de la virgen candorosa,
La gravedad de la mujer cristiana,
El casto amor de la leal esposa
Y el pecho maternal que juntos mana
Leche y amor para la prole sana

Que á Dios le place alegre y numerosa.
¡Dios, que lo escuchas, acelera el día!.....

Tras ésta, como su verdadera realización, debería venir la más famosa del poeta, la que fué conocida primero de las suyas, la que le valió la protección del ya difunto Sr. Cámara, Obispo de Salamanca, *El ama*, que es una de las más sentidas por el poeta y acaso la mejor que hizo:

. . . . . .
La vida en la alquería
Giraba en torno de ella
Pacífica y amable,
Monótona y serena.
. . . . . .
Y como la alegría y el trabajo
Donde está la virtud se compenetran,
Lavando en el regato cristalino
Cantaban las mozuelas,
Y cantaba en los valles el vaquero,
Y los mozos cantaban en las tierras,
Y el aguador, camino de la fuente,
Y el cabrerillo en la pelada cuesta.
. . . . . .
Y yo también cantaba,
¡Que ella y el campo hiciéronme poeta!
Cantaba el equilibrio
De aquel alma serena
Como los anchos cielos,
Como los campos de mi amada tierra.

Toda esta alegría era mientras vivió, que después de muerta el ama;

Ya no alegran los mozos la besana
Con las dulces tonadas de la tierra,
Que al paso perezoso de las yuntas
Ajustaban sus plácidas cadencias.
Mudos salen de casa,
Mudos pasan el día en sus faenas,
Tristes y mudos vuelven,
Y sin decirse una palabra cenan
Que está el aire de la casa
Cargado de tristeza,
Y las palabras y ruidos importunan
La rumia sosegada de las penas.
Y rezamos reunidos el rosario
Sin decirnos por quien, pero es por ella.

Tras *El ama*, no podría omitirse *El Cristu benditu*, idilio de fe y de paternidad, en la estropeada prosodia de la tierra, más que en dialecto particular, y de la que, á mi parecer, abusó el poeta prodigándola en muchas de sus poesías, en casi todo el tomito *Extremeñas*, si bien algunas de éstas son tan sentidas, tan gráficas, tan tiernas, que no se podrían dejar fuera de la antología que vamos soñando: v. gr., *Varón*, *El embargo*.

Si por descripciones fuera, la elección caería de seguro en *Fecundidad*, que tiene la feroz sublimidad de la montaña mezclada con la dulzura del amor de la familia; *Mi vaquerillo*, más arriba extractada; *La jurdana*, pedazo de realidad puesto en verso; *La flor del espino*, que canta cómo la terneza del más puro amor se halla tras la bronquedad del hábito y las

maneras, y el hermosísimo romance *El desafío*, que comienza así:

En la izquierda la guitarra,
La navaja en la derecha,
Terciada la manta al hombro,
La faja encarnada suelta,
La actitud provocativa,
La mirada descompuesta,
Roja de rabia la cara,
Ronca la voz y algo trémula;
Así apostrofaba el mozo
Más rumboso de la aldea.....
. . . . . .

y el otro más afectuoso y no menos perfectamente escrito *La vela*, que delatan en dónde se inspiraba Gabriel y Galán.

Seguiríase *Los pastores de mi abuelo*, de que parece que hemos dicho y tomado bastante, y podrían concluir la antología las composiciones religiosas *Canto al trabajo*, *La Inmaculada*, *La Virgen de la Montaña* y *El Cristo de Velázquez*.

Esta última, que es corta, que es estético-doctrinal, y que es bellísima, sería la deputada para cerrar la antología, y lo será para cerrar estos borrones.

EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

¡Lo amaba, lo amaba!
¡No fué sólo milagro del genio!

Lo intuyó cuando estaba dormido,
Porque sólo en las sombras del sueño
Se nos dan las sublimes visiones,
Se nos dan los divinos conceptos,
La luz de lo grande,
La miel de lo bello.....
¡Lo amaba, lo amaba!
¡Nacióle en el pecho!
No se puede soñar sin amores,
No se puede crear sin su fuego,
No se puede sentir sin sus dardos,
No se puede vibrar sin sus ecos,
Volar sin sus alas,
Vivir sin su aliento.....
El sublime vidente dormía
Del Amor y del Arte los sueños,
—¡Los sueños divinos
Que duermen los genios!
¡Los que ven llamaradas de gloria
Por hermosos resquicios de cielo!—
Y el Amor, el imán de las almas,
Le acercó la visión del Cordero,
La visión del dulcísimo Mártir
Clavado en el leño,
Con su frente de Dios dolorida,
Con sus ojos de Dios entreabiertos,
Con sus labios de Dios amargados,
Con su boca de Dios sin aliento.....
¡Muerto por los hombres!
¡Por amarlos muerto!
Y el artista lo vió como era,
Lo sintió Dios y Mártir á un tiempo,
Lo amó con entrañas
Cargadas de fuego,
Y en la santa visión empapado
Con divinos arrobos angélicos,
Con magnéticos éxtasis líricos,

Con sabrosos deliquios ascéticos,
Con el ascua del fuego dramático,
Con la fiebre de artísticos vértigos,
La memoria tornando á los hombres,
Ingratos y ciegos,
Débiles ó locos,
Ruines ó perversos,
Invocó á la Divina Belleza,
Donde beben belleza los genios,
Los justos, los santos,
Los limpios, los buenos.....
Y al conjuro bajaron los ángeles,
Y al artista inspirado asistieron,
Su paleta cargaron de sombras
Y luces de cielo,
Alzaron el trípode,
Tendieron el lienzo,
Y arrancándose plumas de raso
De las alas, pinceles le hicieron.
Y el mago del Arte,
El sublime elegido entreabriendo
Los extáticos ojos cargados
De penumbras de místico ensueño,
Tomó los pinceles
Sonámbulo, trémulo.....
De rodillas cayeron los ángeles,
Y en el aire solemnes cayeron
Todas las tristezas,
Todos los silencios.....
¡Y el genio del Arte
Se posó sobre el borde del lienzo!
Con fiebre en la frente,
Con fuego en el pecho,
Con miradas de Dios en los ojos
Y en la mente arrebatos de genio,
El artista empapaba de sombras
Y de luces de sombras el lienzo.....

No eran tintas que copian inertes,
Eran vivos dolientes tormentos,
Era sangre caliente de Mártir,
Eran huellas de crimen de réprobos,
Eran voces justicia clamando,
Y suspiros clemencia pidiendo.....
¡Eran el Drama del mundo deicida
Y el grito del Cielo!.....
. . . . . .
¡Y el sueño del hombre
Quedó sobre el lienzo!
. . . . . .
¡Lo amaba, lo amaba!
¡El Amor es un ala del genio!